

Cuestiones de método

María Pía López*

Resumen: Es revisada la separación tradicional entre ciencia y ensayo, y discutida su validez en el terreno de las ciencias sociales. Esa línea, que suele ser trazada en nombre de una presunta objetividad, sería la renuncia a indagar los modos en que el saber puede comprometerse con la verdad, indagación que llevaría a situar ese saber en la dramática del cuerpo, de la experiencia y del pensamiento. Porque el ensayo no es una cuestión de estilo o de formas expositivas sino, en su sentido más profundo, es una cuestión de método. No resta a la investigación -no es menos comprometido con las búsquedas empíricas ni con la comprobación fáctica- sino que agrega a esas búsquedas un momento de autorreflexión expresado en la escritura. El ensayo como método significa tratar a la escritura como momento de la investigación y, fundamentalmente, como momento de autoinvestigación.

Excol mugados y fundadores

El ensayo ha sido, en las ciencias sociales y humanísticas, el nombre de un dilema persistente. La tensión máxima sobre el plano del conocer: lejos del amparo bajo un conjunto de reglas del método, incapaz de requerir el manto protector de la neutralidad, pone en cuestión no sólo su propia capacidad de ir hacia la verdad, sino la capacidad de hacerlo que tendrían los conocimientos que sí se arrojan aquellas cualidades. Las polémicas que ha arrastrado -¿las arrastra aún? - parecen deberse no a su autosustracción respecto del campo de normatividad científica sino a que esa ausencia electiva pone en crisis la lógica misma del campo.

La historia es, sin embargo, antigua, y no se restringe a los exigüos límites de las ciencias de lo social. La brusquedad de las respuestas que Friedrich Nietzsche recibió, desde la academia filológica, ante el osado análisis que tituló *El nacimiento de la tragedia*, provenía de la hondura del ataque producido. Ese tal Nietzsche había osado utilizar la filología, auscultar el mundo griego, pero para hacer estallar las reglas del arte de la disciplina, colocando al conocimiento bajo la exigencia de dar cuenta del nuevo horizonte, vacío de mitos. Lo hizo iniciando un modo del decir cuyas consecuencias no se han apagado: el suyo fue un estilo filosófico que hizo de las frases escenas dramáticas, y de los argumentos imágenes reveladoras. *Así habló Zaratustra* es, sin dudas, la culminación de ese estilo no por poético y teatral, menos certero y filosófico; del mismo modo en que el *Ecce homo* es la inscripción del teatro del conocimiento en la superficie del cuerpo, tanto como una reflexión metodológica de persistente fuerza.

De aquellos pasajes del conocer por la exigencia de una actualidad irredenta, por un cuerpo en busca de la verdad y por una experiencia inédita de la lengua, viene el ensayo. ¿Cómo iban a festejar los filólogos tamaño descalabro? Lo condenaron, sin saber -o quizás sin ver en ello un desmedro de su oficio- que el autor sancionado tendría larga progenie de lectores, críticos, exégetas; mientras la filología se convertía en una rémora académica.

La fuerza del ensayo, podría decirse, está en ese riesgo asumido por un porvenir incierto. Que a un Nietzsche le deparó tragos amargos -las lecturas que lo aproximaron a los más oprobiosos regímenes políticos- pero también alegre persistencia. Un pensamiento sin amparo -del orden de lo intempestivo- asume el riesgo de la condena presente, en el intento de vislumbrar una palabra futura. Espera incierta: quizás no haya lector capaz de hacer justicia ni en el presente ni en el porvenir; quizás la justicia sea, para muchos ensayos, el olvido.

Ese debate ha estado también entre nosotros, en los tramos fundacionales de la sociología científica en la Argentina. Era comprensible que, en dicho momento inicial, Gino Germani viera la necesidad de producir un corte radical respecto de los modos en que se había producido el conocimiento social en nuestro país, notoriamente vinculado al ensayo. La obra de Ezequiel Martínez Estrada fue el territorio frente al cual se trazó la frontera. Pero el mismo Germani -cuyo nombre sigue amparando el Instituto de investigaciones de la Facultad de Ciencias sociales- no dejó de introducir a los debates

* Docente de la materia Teoría Social Latinoamericana de la carrera de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Miembro del grupo editor de la revista *El Ojo Mocho*.

sociológicos argentinos una obra como *La imaginación sociológica* de Wright Mills, en la que el norteamericano sostenía que las ciencias sociales debían reconstituirse sobre las grandes preguntas de la tradición clásica, para encontrar un camino imaginativo que habían perdido frente a las capacidades interpretativas de las artes. El cine y la literatura eran solicitados como estímulos para el pensamiento sociológico y no como lo otro a negar bajo la bandera de la ciencia.

Germani y Martínez Estrada, se convirtieron, por decisión del italiano, en opciones presuntamente excluyentes: la sociología y el ensayo. En la confrontación, la primera adquirió los ímpetus necesarios para ligarse a una modernización técnica y cultural. El segundo por momentos pudo decaer a una existencia ritual, proveniente de lenguas ya agostadas o reducido a la liviandad que los nuevos públicos parecían reclamar. En las últimas décadas, la situación parece haberse invertido: cada vez menos la sociología se afirma en la pureza cientificista o en el rigor expositivo –que tanto ha tenido de máscara mortuoria, de *rigor mortis*–; cada vez más el ensayo es el territorio en el que se despliega el pensamiento social. A veces, como forma de exposición; otras, como método mismo de la investigación, método que incorpora el riesgo de preguntarse por su propio desconocimiento, y que hace del conocer una experimentación vital.

Emilio de Ípola, no por desapego a las reglas del método sociológico, en *Investigaciones políticas*, plantea que “aunque he tratado en lo posible de ser razonablemente riguroso y preciso, no se me escapa que dichos trabajos pertenecen globalmente hablando a un género que me atrevería a llamar ‘ensayo científico’ y que consiste, a grandes rasgos, en una manera particular de abordar situaciones, acontecimientos y procesos que poseen la doble característica de ser familiares –generalmente por razones de cercanía cultural– al investigador y, en esa medida, de afectarlo directamente, de modo tal que éste, lo quiera o no, se siente comprometido con ellos –con su situación, sus avatares, su devenir, su destino. Enfrentar, desde el punto de vista de la investigación, este tipo de objetos exige un esfuerzo especial, tanto más difícil de sobrellevar cuanto más consciente se sea de que el desafío no consiste en eludir el compromiso en aras de la ‘neutralidad’, sino en mantenerlo sin por ello dejar de ser objetivo”. Y luego dirá: “por lo pronto, los logros menos controvertidos de las ciencias sociales se han caracterizado siempre por hacerse cargo de esa doble exigencia”.

Aparece, en esta extensa cita, el ensayo como la asunción de un compromiso subjetivo que persiste aún en los intentos más cuidadosos de elaboración conceptual. Es el antiguo y fundamental dilema de la objetividad, para cuya consecución la disciplina sociológica no ha dejado de buscar procedimientos. Necesarios proceder de prueba, de verificación, que no pocas veces se transmutan en modos de enmascarar los obstáculos y límites que los propios procedimientos y normas provocan. El problema metodológico es el corazón mismo del conocer (como lo supo Sartre en *Crítica de la razón dialéctica*, a quien no nos privamos de invocar en nuestro título), la pregunta última y necesaria, y también lo que asedia como duda. Por eso, la investigación supondría a la vez investigar sus propias condiciones de existencia, dar cuenta de lo que la inhibe y permite en el plano del método.

El método, presencia ineludible de todo formulario de investigación, es convocado en esas líneas, de un modo que lo depura de su condición problemática, convirtiendo su enunciación en la adscripción a un haz de certezas que se recortan en el amplio territorio de las ciencias sociales. Solicitud central de toda solicitud, cual carta robada, se muestra para evitar ser vista, y de ese modo, en los trabajos sociológicos, suele abandonar su condición de situación interrogante. El ensayo, en cambio, no puede prescindir de la evidencia de su fragilidad metodológica, porque no puede ampararse en reglas que le preexistan ni le sean externas. Debe inmiscuirse en su propia posibilidad, dar cuenta de ella, para desplegarse como conocimiento.

Si lo pensamos así, el ensayo está en investigaciones sociológicas que participan por derecho de la tradición: desde los fundamentales escritos de Max Weber, a los trabajos contemporáneos de Richard Sennett, que comparten la exigencia –volcada sobre sí mismos– de la explicación de su posibilidad. El ensayo es –escribió Horacio González historiando la sociología– “una manera interna con la que cada texto da su tributo a la indeterminación radical de la que surge”. Pero, ¿qué es de un texto que se exime de ese tributo, un texto que ciega la evidencia de esa indeterminación en nombre de la certeza de una ciencia ya constituida? ¿Habrán investigación allí donde no se interrogan las condiciones de la propia investigación, allí donde se ciega la pregunta por quién o qué es lo que habla en ella?

Acotada, la pregunta es sobre si la sociología y las ciencias sociales en general, pueden dar frutos contemporáneos, sin revisar los presupuestos y legalidades sobre los que se constituyeron como disciplinas científicas, delimitadas por reglas académicas. Y si esa tarea, de sospecha y creación, puede hacerse sin volver a tratar con la tradición de la cual se quiso separar en su fundación. Emilio de Ípola – otra vez reclamamos su presencia–, en *Metáforas de la política*, ha pensado que la impotencia

comprensiva es el destino “si la sociología –al calor de las nuevas preguntas que el presente plantea– no se resuelve a emprender un profundo trabajo de reflexión sobre sí misma y, por tanto, de autotransformación. El resultado final quizás nos lleve a una suerte de postsociología, a un más allá de la sociología cuya figura aún no podemos intuir, pero hacia el cual, estoy seguro, debemos tener la osadía de dirigirnos”. Quizás las páginas de un Martínez Estrada, con esa escritura tramada por motivos morales, ímpetus naturalistas, razones filosóficas, y vocaciones poéticas, tengan todavía qué decir sobre el destino de un saber que se constituyó sobre su exclusión.

Si las sociedades contemporáneas atraviesan las profundas mutaciones que las ciencias sociales y la filosofía han venido señalando, difícil es suponer que los modos de conocerlas pueden sustraerse del tembladeral, manteniendo su condición de productos de un campo autónomo de legalidades singulares. Josefina Ludmer ha insistido, en sus últimas intervenciones, en advertir la necesidad de considerar el fin de la literatura como campo autónomo, para comprenderla en el plano de los imaginarios sociales. Sin literatura –en el sentido tradicional del arte– no hay crítica literaria, sino crítica cultural, pensamiento sobre los discursos. Ese camino, de disolución de las fronteras que antaño habían escindido los campos de conocimiento, no sin trazar límites y divisiones en el plano de los fenómenos, es el camino que desde hace décadas viene transitando los estudios culturales. Que no son el destino necesario –tampoco lo festejaríamos como deseable–, para las ciencias sociales y humanísticas. Pero que sí podrían verse como convocatorias a la discusión de la actualidad de las divisiones de lo real en objetos de estudio, y de sus formas de abordaje singulares.

Son temas –los que podríamos colocar bajo la pregunta de una post-sociología– que difícilmente puedan ser tratados sin una escritura capaz de ser transida por la interrogación, por la búsqueda y por la imaginación. Walter Benjamin –que hizo de sus páginas tránsitos inusitados– supo distinguir información y narración. Ésta, escribió, lleva la huella del narrador, como “el plato de barro lleva la huella del alfarero”. ¿Por qué pensar que el pensamiento –momento necesario del conocer– puede ausentar de su superficie las huellas?

Lenguas: libros y formularios

El saber académico, el que instituye –como suele decirse en algunos ámbitos– los cánones más aceptados, separa un conjunto de reglas del tembladeral de la sospecha. Sin hacerlo, se privaría de conformarse como persistencia y superación, condenado a la pregunta permanente sobre su propia posibilidad. Sustrayendo un conjunto de cuestiones del debate, puede asumir su vocación investigativa. Nadie diría que esa sustracción es innecesaria o fatua. Pero sí cabría sospechar cuando lo que se extrae del campo de lo discutible es *casi todo* –un casi todo que se convierte en respuestas a casillas de formularios–, dejando en blanco, sólo, los resultados inmediatos del trabajo empírico o bibliográfico. Más cabría sospechar cuando las reglas del método devienen normas burocráticas, que suponen no sólo una serie de procedimientos de búsqueda y comprobación sino una legalidad de la exposición, la elaboración de una lengua alisada y neutra.

Una lengua que corresponde a un momento en que la circulación cultural de la palabra es condenada por superflua desde los claustros universitarios o desde las instituciones dedicadas a la investigación, bajo la sospecha de que sólo hay conocimiento si la categoría se vuelve irreductible y ajena a la metáfora, al juego, y a la retórica. Pero también, y eso es más grave, es síntoma del desprecio hacia la condición pública de discursos y saberes, vueltos hacia el interior de los grupos académicos, hacia la garantía mutua de la pertenencia, antes que a la confrontación en las tramas vitales de la sociedad sobre los modos posibles de la comprensión. No libros, sino artículos. No debates públicos, sino encuentros cerrados. Que no son, sin embargo, anuncio de nuevas confabulaciones, por ahora al menos, de una nueva raza de conjurados que hagan del encierro un modo de la cautela para interrogaciones inactuales. Antes bien, el encierro parece comodidad; la lengua, instrumento; la objetividad, mascarada.

La lengua privada de aventura se supone vía de la objetividad, su tersura se propone como materia que posibilita la exhibición neutral de los saberes. Se retorna así a una idea de la relación adecuada con el objeto, que ni siquiera es el del positivismo, y que niega las búsquedas múltiples y radicales que se han dado durante toda la modernidad. Las ciencias sociales, el arte, la filosofía, no habían considerado que objetividad fuera sinónimo de afirmar lo dado, desde una mirada que, prescindiendo de la pregunta por las fuerzas que la animan (la pregunta por su propia situación) acentúa la dimensión de la intencionalidad subjetiva. La lengua neutra de la actualidad supone un sujeto centrado en el eje de la ciencia, que puede dar cuenta del mundo desde una perspectiva construida categorialmente. Pero, al

mismo tiempo, se lo dota de atributos electivos y de “puntos de vista” que reponen la dimensión de la subjetividad, desproblematizándola. Durante el siglo pasado, el cine, terreno de experimentación radical del problema de la mirada objetiva, había descubierto que había que ir más allá del punto de vista centrado, hundirse en las cosas, constituir otro plano de la percepción. Henri Bergson pensó que ese ir más allá (a un momento anterior) de la percepción, obligaba a una lengua que no desconociera la experiencia poética, una lengua de imágenes y metáforas. La objetividad, precisamente, estaría en la antípoda del lugar en el que ahora se la presume.

No estamos tratando de excusar al ensayo de sus tropiezos o sus debilidades, entre los que podrían contarse –en algunos momentos de su larga historia– los ademanes proféticos, las elegancias superfluas y el juego retórico como desapego frente al drama de la verdad. Pero sí tratamos de señalar dos cuestiones: una, que su fragilidad está siempre a la vista, en su propia materialidad, porque no es amparado por la cita de autoridad (antes bien, los nombres aparecen como visitantes descolocados, un tanto arbitrarios), ni por las comillas relativizadoras (esas que para la lengua de la ciencia distancian la mirada del científico de la ingenuidad de la lengua cotidiana), ni por la solidez del concepto (a esa plácida referencia la sustituye por la esquiva apertura de la metáfora). Otra, que como modo expositivo es atención hacia la materia lingüística y a sus resonancias públicas.

Tanto, que por momentos la oposición que estamos señalando parece anacrónica: parece corresponder más a los debates fundacionales de la sociología que a la situación contemporánea de las ciencias sociales. La división parece ser otra, proveniente de los interlocutores que pretende cada escritura, antes que de la expresión de una mayor o menor objetividad o profundidad. En este sentido, la discusión sobre los modos de la escritura –o sobre el ensayo como modo expositivo–, parece ya cerrada: ¿o estarían bajo sospecha las capacidades historiográficas de un Tulio Halperín Donghi porque su escritura se va desplegando al modo de la zapa sobre las palabras, y ese trabajo lo lleva a interpretaciones que pertenecen a la mejor tradición ensayística? ¿Es peor historiador el autor de *Revolución y guerra* que aquellos que describen, con lenguas lisas y prudentes, el orden de lo fáctico? Esto, sin ir hacia la pregunta más relevante: si la descripción lisa y prudente tiene valor hermenéutico.

En el mundo de los libros, el ensayo parece haber triunfado de sus antiguas querellas, al menos en tanto régimen discursivo. Sociólogos, historiadores, críticos literarios, politólogos, solicitan a sus públicos construyendo lenguas que no desdeñan el estilo, ni su momento interpretativo. Sin embargo, las instituciones que se dedican a la producción, regulación y administración de los saberes –universidades, institutos de investigación– estimulan la conversión de la lógica burocrática en lengua única, ofreciendo incentivos materiales para su adopción. Incentivos y castigos: la exclusión es la amenaza que pende sobre los tratos lingüísticos no cerrados. La crisis de la relación entre la universidad y el libro, debe ser contada entre los efectos que tiene esa disparidad de lenguas que una y otro requieren. Porque el libro, objeto de circulación, debe imaginar, solicitar, incluir, sus lectores, participarlos de su experiencia y de su sentido. La universidad ha elegido –mayoritariamente– la elaboración de la palabra como negocio: un artículo (como recordaba Inés Izaguirre en otro número de esta revista) *vale más* que un libro. Y si es publicado en una revista secreta y especializada, mejor.

El ensayo es, en esta situación, un género conservador: busca preservar hilos, formas, encuentros, de un mundo cultural que ha sido fuertemente transformado. Para quienes trabajamos en la universidad, el ensayo es la memoria de los vínculos que hacían que los claustros fueran parte del debate y la reflexión cultural, usinas generadoras y campo fértil para la recepción de los problemas y sueños que circulaban en la trama social.

El método

Intenté abrir, hasta aquí, dos dimensiones del problema. Uno, la necesidad de la sociología de recorrer caminos que le permitan una mayor apertura comprensiva, incluso, una reflexión sobre la pertinencia o no de las fronteras que la acotan como disciplina. Otro, el del ensayo como modo de la escritura, enfrentado al paper académico y a la lengua del formulario. Es momento, entonces, de plantear un tercer aspecto, sobre el que más que afirmar, corresponde ensayar.

Es el aspecto del ensayo como método. Una aclaración más nos sea permitida: no sólo se trata de plantear al ensayo como el momento hipotético y necesario de toda empresa del conocer; tampoco de limitarlo a ser un estilo de exposición. Se trata de comprender al ensayo como vía misma del conocimiento. Son conocidas las diferencias entre el proyecto de *Historia de la sexualidad* planteado por Michel Foucault en el primer tomo, y la perspectiva desde la que compone los siguientes. La Introducción

del segundo –*El uso de los placeres*– consiste en una potente reflexión sobre el saber, que merece ser invocada para tratar nuestro tema. Foucault se pregunta, “¿Qué valdría el encarnizamiento del saber si sólo hubiera de asegurar la adquisición de conocimientos y no, en cierto modo y hasta donde se puede, el extravío del que se conoce? (...) Quizás se me diga que estos juegos con uno mismo deben quedar entre bastidores, y que, en el mejor de los casos, forman parte de esos trabajos de preparación que se desvanecen por sí solos cuando han logrado sus efectos. Pero ¿qué es la filosofía hoy –quiero decir la actividad filosófica– sino el trabajo crítico del pensamiento sobre sí mismo?”.

¿Nos interroga esta pregunta o, atentos a la mención de la filosofía, consideramos que los caminos y dramas de nuestros pensamientos son otros? Tratándose de un autor de fecunda lectura, cita y glosa en las ciencias sociales, pero también de alguien cuya vocación por la actualidad y su paciencia de historiador de procesos opacos lo configuraron como un tipo de intelectual muy alejado del filósofo tradicional y más cercano a las búsquedas de la ciencia social; tratándose, digo, de Foucault, debemos decir “salta aquí”: de nosotros se trata. ¿Por qué las ciencias sociales podrían ser ajenas a ese trabajo del pensamiento sobre su propia oscuridad; por qué deberían abstenerse de “saber si se puede pensar distinto de cómo se piensa”? ¿Por qué el investigador social podría eximirse de la tarea común del trabajo crítico sobre el saber?

A ese arrojito curioso sobre lo desconocido –que incluye al pensamiento que nace sin poder ser conocido por lo ya pensado–, el autor de *Vigilar y castigar* lo coloca bajo el nombre del ensayo. Al que entiende “como prueba modificadora de sí mismo en el juego de la verdad y no como apropiación simplificadora del otro con fines de comunicación”. El ensayo, así, no es instrumento discursivo, si no algo del orden de la experiencia: la experiencia misma del conocer que se despliega en la materialidad de la escritura. Ensayo habría no cuando se comunica un resultado al que previamente se había arribado, sino cuando la palabra –sus series, sus eslabonamientos, su ritmo– genera una oquedad que abre efectos que no eran previstos.

La escritura, en los dominios del ensayo, no puede ser pensada como un momento posterior y transparente a la investigación, sino como parte de las prácticas investigadoras. De allí la sinuosidad paradójica de algunas páginas; la temible capacidad de sustraerse a la simplificación pedagógica; la elaboración de estilos que hacen de la escritura una dramatización o una artesanía; y la persistencia –y diría: eso es el núcleo fundamental del ensayo– de un respeto profundo hacia las fuerzas de la lengua. Un respeto ambivalente –un tanto desconfiado– pero que proviene de considerar irrenunciable el derecho de la palabra a aludir a la complejidad de lo real. Aunque no siempre lo logre, o lo haga hundiéndose en torsiones, opacidades, negaciones.

Diríamos, entonces, que el ensayo supone una inflexión o una excavación más en el campo de la investigación. No porque la suspenda o la niegue, como parecen creer quienes lo desdeñan como seducción retórica capaz de velar las omisiones del trabajo del conocer. Por el contrario, un ensayo incorpora como momento aquello que se da en llamar investigación. Como momento, no como totalidad: porque investigación es también el acto de escritura, experiencia de pensamiento escrito que implica –como pensaba ese considerable investigador de archivos que fue Foucault– puesta en juego de los propios saberes del escritor. Y en términos más antiguos: la retórica es un ejercicio de búsqueda de la verdad.

¿Por qué las ciencias sociales deberían aceptar lo confortable de las lenguas ya dadas? ¿Por qué, justo ellas, que entre sus lecturas cuentan los problemas de las escrituras entre líneas, de los pensamientos silenciados; pero también la de los dramas de las disciplinas, del fetichismo y de la explotación? ¿Se trata, acaso, de convertir esos textos –que fueron grandes experiencias de la escritura y del pensamiento– en saberes administrados, inocuos instrumentos para la comunicación de datos?

Quizás desde las ciencias exactas –munidas de utensilios de medición y exploración, y abordando objetos determinados causalmente– se pueda pensar al ensayo como sinónimo de embustes, perezas y tentaciones, pero no parece similar la situación en las ciencias sociales. Trazar de nuevo esa línea, en nombre de una presunta objetividad, sería la renuncia a indagar los modos en que el saber puede comprometerse con la verdad, indagación que llevaría a situar ese saber en la dramática del cuerpo, de la experiencia y del pensamiento. Excomulgar, en nombre de la ciencia, a los oficios del ensayo, es condenar a las ciencias sociales a expurgarse de posibilidades metodológicas, reflexivas y estilísticas y, al mismo tiempo, a exiliarlas del campo de los debates públicos.

No porque el ensayo haya resuelto los problemas más profundos que atañen al conocimiento de lo social sino porque en su territorio se obstaculiza la supresión de esos problemas, dejándolos inscriptos en la superficie misma de los textos. Preservar lo que el ensayo exige de arrojito es evitar que se convierta en coquetería del estilo o en amparo para la sustracción de compromisos. El ensayo, viejo antagonista de las formas del pensamiento científico, está condenado a perseverar en los interrogantes que su adversario fue

eludiendo: no puede negarlos sino sostenerlos. Para ello debe evitar convertirse en un género débil, tolerado en parte en las grillas de la administración de los saberes, estilo para una época en la que es demasiado difícil afirmar. Las ciencias sociales requieren la savia y la aventura de otro ensayo: el que no sólo es forma y respiración de un texto, sino método de investigación y autoinvestigación.